

Dora Barrancos,  
*La escena iluminada. Ciencia para trabajadores 1890-1930,*  
Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1996, 259 páginas.

### **El socialismo y las promesas del conocimiento**

Aun cuando, cronológicamente, el período estudiado por Dora Barrancos nos parezca cercano en el tiempo, el objeto de su reconstrucción historiográfica pertenece, sin embargo, a un pasado definitivamente clausurado.

¿Qué es lo clausurado de ese pasado, qué aspecto de ese pasado ya no persiste en el presente?

*La escena iluminada...* cuenta la historia de una de las principales agencias del socialismo argentino, la Sociedad Luz, en el período comprendido entre 1899 –año de fundación de la asociación– y 1930, momento en que se inicia una transformación de la sociedad argentina, y especialmente del movimiento obrero, que habría de gravitar decisivamente en los acontecimientos inmediatamente posteriores. A través de dicha agencia, el socialismo argentino desplegaría un conjunto de actividades de divulgación científica que tenía como propósito central acercar la ciencia y la cultura a la clase trabajadora. La organización de cursos y conferencias sobre distintas temáticas, una intensa divulgación de las ciencias físico-químicas así como de la sociología y la psicología, la programación de

campañas publicitarias destinadas a prevenir los males del alcoholismo y la contracción de distintas enfermedades venéreas, la realización de excursiones instructivas por museos, centros históricos de la ciudad y nuevas obras urbanas, he ahí las actividades centrales de un proyecto de reforma social que aspiraba a una elevación material y cultural de las masas y a una democratización de la cultura.

Por cierto, este gran emprendimiento reformista –que se nutrió igualmente de iniciativas y propuestas provenientes de sectores del anarquismo y de las numerosas sociedades obreras como la Liga de Educación Laica y la Liga de Educación Racionalista– no hubiera sido posible de no mediar una fe que para entonces parecía incommovible. En efecto, la confianza en un decurso progresivo de la historia, la certeza de que la ciencia estaba en condiciones de revelar el sentido de las leyes de la evolución histórica y la seguridad de que la transformación social estaba estrechamente ligada al conocimiento, resumían los artículos de una fe que si en el fin de siglo empezaba a debilitarse en algunos sectores de la élite porteña, se conservaba intacta –o casi– en las expresiones del socialismo argentino. Una fe que incluso

lograría sobreponerse al expandido pesimismo hacia el progreso científico que la Primera Guerra había desencadenado. La creencia en la existencia de un mundo racional y la concepción de la ciencia como el instrumento de la transformación social y del progreso material y espiritual constituían los dos pilares de una mentalidad que, más allá del modo en que sus protagonistas se las arreglaran para presentar como compatibles las premisas doctrinarias con aquellas otras que animaban la tarea de ilustración, no parecía vacilar en su convicción de que las leyes de la ciencia y las del socialismo eran una y la misma cosa. Tampoco, tal era la fascinación experimentada hacia la ciencia, en su identificación de esta última con la verdad y el progreso. Para todos aquellos que de alguna u otra manera participaron de las experiencias culturales propiciadas por la Sociedad Luz estaba claro que la ciencia debía constituirse, una vez desechados la tradición y los dogmas que obstaculizaban el acceso a la realidad, en el tribunal natural de la moral y la ética. En fin, tampoco dudaban de la existencia de una relación de causalidad entre los progresos de la ciencia y la edificación de un mundo de justicia y fraternidad.

En su historia de la Sociedad Luz, Barrancos distingue dos momentos bien diferenciados. En el primero, el programa de ilustración contempló básicamente la divulgación de las ciencias físico-naturales pero paulatinamente irá ganando terreno la problemática del higienismo hasta alcanzar una consolidación definitiva a partir de la década del veinte. Los principales animadores de esta última empresa estarían en las primeras filas del reformismo sanitario de indiscutido impacto en la argentina de principios de siglo. Por cierto, la atención prestada por los socialistas a las problemáticas de la higiene, la salud y la vivienda se inscribía dentro del programa político más general de mejoramiento de las condiciones de vida del proletariado. La Sociedad Luz encontraría en la figura de Ángel Mariano Giménez, miembro fundador del Partido Socialista –y de enorme proyección en el campo médico-higienista– al principal promotor de un programa destinado tanto a instruir a los trabajadores en saberes relacionados con la profilaxis, la higiene y la salubridad como a disuadirlos del consumo de bebidas alcohólicas a las que los socialistas juzgaban como causantes de la degeneración de la raza, el aumento del delito y la criminalidad, la idiotez y la debilidad física y moral. En efecto, el temor sobre las enfermedades de transmisión sexual, los males causados por las condiciones laborales y las consecuencias de la injerencia de bebidas

alcólicas se constituyeron en verdaderas obsesiones de los protagonistas de la Sociedad Luz hasta un punto que muchas de sus airadas advertencias resultaron –como lo ponen de manifiesto las estadísticas inspeccionadas por la autora– algo anacrónicas.

Por cierto, y tal como se advierte en la introducción, la investigación está lejos de abrigar una pretensión totalizadora. No es una historia de las relaciones entre la ciencia y el movimiento obrero o la clase trabajadora; pues, en rigor de verdad, el proyecto prosperó de manera casi exclusiva en sectores del artesanado y de los obreros más calificados que formaban parte de las filas del socialismo en la Argentina. No puede entonces sino pensarse en encuentros aleatorios entre la causa de la ciencia rabiosamente defendida por los socialistas argentinos y el ancho conglomerado de obreros menos calificados en particular, y de los sectores populares en general. El análisis minucioso que Barrancos despliega de un conjunto de *corpus* científicos y los modos en que fueron traducidos por los autores y divulgadores de nuestro suelo tampoco aspira a formar parte de un capítulo de una historia de la ciencia en la Argentina. Antes bien, ese rastreo se limita exclusivamente a las empresas de divulgación que, aunque útiles por cierto para una historia de aquella naturaleza, difícilmente podría ahorrar el registro de los hechos internos que caracterizaron la formación

respectiva de distintas disciplinas. Por último, la reconstrucción emprendida por Barrancos no pretende confundirse con una historia de la cultura de los trabajadores fundamentalmente porque se sometió a análisis un conjunto de iniciativas que si bien se originaron en organizaciones cercanas al mundo de los trabajadores, no habrían emanado espontáneamente de este último.

Así las cosas, los esfuerzos invertidos en el desarrollo del programa cultural y educativo de la Sociedad Luz bien podrían haber sido tematizados como una estrategia política tendiente a instalar un dispositivo de control social y domesticación cultural de las masas obreras. La perspectiva no parece sino apropiada en la medida en que, históricamente, el miedo a las masas constituyó un factor importante de la puesta en práctica de programas de elevación moral y cultural de los nuevos sujetos sociales. Claro que desde este punto de vista, la promoción cultural que se ofrece no conduce sino a reforzar una relación de dependencia con la cultura dominante. Pero deberá convenirse que esta última perspectiva resulta algo mezquina pues además de asignar a la cultura un papel meramente reproductor de relaciones sociales fundadas en otra esfera, supone muy rápidamente en los beneficiarios del programa cultural un automatismo hacia los bienes recibidos que debería colocarse precisamente en el centro de la interrogación. En este

sentido, y aun cuando Dora Barrancos no cuestione *in toto* la validez de tal tesis, ha decidido abandonar una visión totalizadora de la dominación que no otorga ningún margen de autonomía al sujeto receptor y termina reduciendo las prácticas culturales de los sectores subordinados a una expresión lisa y llana de una relación de dominación. Antes que una historia de demiurgos y creados, *La escena iluminada...* ha reparado más bien en los procesos de reapropiación de los elementos “culturales ajenos”, en el modo en que los materiales divulgados se articularon con una serie de expectativas socioculturales y en la manera en que todo ello originó un conjunto de experiencias de socialización ciertamente novedosas para muchos de sus protagonistas.

Por cierto, la historia que reconstruye Barrancos sigue siendo, como lo declara la autora de manera explícita, una historia del “lado de acá”, es decir, de las propuestas educativas que un grupo de intelectuales hizo llegar a ciertos sectores de la clase obrera. En este sentido, Barrancos ha tropezado con una de las dificultades más difíciles de sortear para todo aquel que se dispone a estudiar el fenómeno cultural de la reapropiación y/o de la lectura, pues dicha dificultad ya no obedecería a un déficit de destrezas de parte del investigador sino que ella está inscrita en el propio objeto de estudio. En efecto, rara vez los lectores escriben sus lecturas. ¿Cómo acceder, entonces, al universo de significados de una práctica

que esquivo el testimonio y que permanece las más de las veces fatalmente indocumentada? A lo largo de su trabajo, Barrancos ha exhibido una admirable cautela al conservar la tensión entre los significados transmitidos en los “paquetes” simbólicos ofrecidos por los animadores de la Sociedad Luz y sus posibles repercusiones en las experiencias y expectativas de sus receptores. Pero también ha dado un paso más intentando poner a prueba, con el recurso a las “fichas” sobrevivientes de algunos socios de la institución socialista, hasta qué punto la emergencia de ciertas configuraciones de ideas y sentimientos obedecía a esa presencia significativa que el proyecto cultural de la Sociedad Luz había alcanzado en la vida de los trabajadores. Precisamente, el último capítulo del libro, consagrado al estudio de aquellas figuras “menores”, la de los “didactas reproductores”, mediadores entre los “didactas reproductores” y las masas menos letradas, pone de relieve tanto el entusiasmo y la fascinación que despertaba en estos actores el acceso a un nuevo mundo acuñado en las más variadas fórmulas científicas, como el modo en que estas travesías por el conocimiento marcaron muy especialmente sus trayectorias biográficas.

En la perspectiva analítica de Dora Barrancos los enfoques de la historia social y de la historia cultural vienen a conjugarse antes que a oponerse como dos dimensiones antitéticas. De

manera heterodoxa, la reconstrucción de Barrancos combina los aportes de historiadores como Eric Hobsbawm, Roger Chartier, Carlo Ginzburg y Robert Darnton entre otros, y construye con ellos un enfoque apropiadamente ecléctico a su problemática de estudio. En efecto, dicho eclecticismo le ha permitido desplazarse de una visión de la cultura que la concibe como una conglomerado homogéneo de prácticas e ideologías, escogiendo en cambio una perspectiva de historia de las mentalidades que le ofrece la posibilidad de trabajar con una zona más difusa –la mentalidad no es reductible a una ideología– y al mismo tiempo más profunda –antes que ideas, la mentalidad expresa formas de sentir y de pensar, modos de hacer y de percibir cuya existencia trasciende el *tempo* más habitualmente corto y fluctuante de las ideologías–. En este sentido, más que definir los perfiles de una cultura, lo que Barrancos ha intentado –y ha logrado, a mi modo de ver, de manera ejemplar– es reconstruir, a través del estudio de unas prácticas bien precisas, los estratos más visibles de una mentalidad, vigente, al menos en una franja significativa de la población obrera, hasta la década del treinta.

Pero además de aquella conjugación de historia social e historia cultural, la investigación de Dora Barrancos ha incorporado también, como una muestra más de la heterodoxia teórica con que ha encarado su trabajo, la intervención de una

perspectiva de historia intelectual de la que los capítulos que la autora dedica a la evolución del transformismo y a los núcleos ideológicos más sobresalientes de la visión de la historia de Juan B. Justo son los ejemplos más significativos. En el primer caso, la autora muestra una notable sensibilidad para percibir los diferentes deslizamientos de sentido que sufrieron las ideas sobre la evolución a partir de su recepción en los dintintos contextos nacionales (especialmente la reinterpretación ensayada por una figura central del transformismo, la del biólogo Ernest Háeckel), sus repercusiones en los representantes más destacados del socialismo internacional y el modo en que dichas ideas ingresaron en la elaboración de la dialéctica de la naturaleza por parte de Federico Engels. En el segundo, el análisis que Barrancos consagra a las ideas de Justo revela los esfuerzos notables del fundador del socialismo por tornar compatibles las premisas del “socialismo científico” con un

programa de ilustración y reforma social como las dificultades de reducir su ideario a la doctrina positivista por entonces vigente.

Retomemos ahora el interrogante inicial. ¿Qué aspecto –decíamos– de ese pasado ya no pervive en el presente? Quizá, muchos rasgos de esa mentalidad que reunía los atributos más notorios del racionalismo occidental. La confianza en el progreso es hoy tan infrecuente como esa devoción a la ciencia experimentada por los “iluminados” de la escena descrita por Barrancos. A diferencia de ellos, y de ningún modo insensatamente, la idea de un mundo programado científicamente nos despierta más sentimientos de horror que de esperanza. Pero, sobre todo, hay un aspecto de la historia que aquí se reconstruye y que me parece decisivo porque plantea una serie de interrogantes sobre el período inmediatamente posterior al que aquí se examina. Para decirlo en una fórmula, los acontecimientos que son objeto de *La escena iluminada...* constituyen el

último capítulo de una relación entre ciertas zonas de la “alta cultura” y la “cultura popular” que fue debilitándose hasta un punto en que ambos universos culturales devinieron absolutamente extraños. Es probable –como sugiere la autora– que en la década del cuarenta el advenimiento del peronismo terminaría sellando una distancia entre ambas que sería definitiva. De cualquier manera, dicha distancia tiene una historia que es anterior al peronismo y que debería precisamente interrogarse. ¿Cuándo comienza esa historia? Muy probablemente en la década del treinta. Pero sabemos poco sobre las cosas que ocurrieron durante ese período en la cultura obrera en particular y en la cultura en general. En ese sentido, las respuestas a las preguntas que el trabajo de Dora Barrancos se ha planteado en su investigación tienen el mérito adicional de abrir un interrogante que seguramente no pasará desapercibido para los historiadores de la cultura.

Alejandro Blanco  
UNQ